

ESTRO DEL BARDO MAYR

Francisco Javier Flaquer Beltrán

Cuando el Dr. Gruber hubo acabado sus preces hebdomadarias y hecho su sólita reflexión acerca del sentido de la ineluctable parca y la vida telúrica, tornó con parsimonia por entre los macabros cipos funéreos y los marmóreos retablos barrocos. Sin abrumarlo, la afluencia de celícolas querubes, lapídeos cirros y cúmulos, mitras, báculos, lábaros, cirios y tabernáculos, junto con la ubicua atmósfera turífera y caliginosa –envuelta por un abstruso concento mélico- que se inhalaba en el interior catedralicio, conformaba un arcano y excelso ambiente entre empíreo y estigio que le embelesaba, apenas principiada la tinción de los vítreos paneles del claristorio por el fulgor exógeno. Llegado al final de la nave, expelió con veneración sendos ósculos imperceptibles a las polícromas tallas de San Bonifacio y San Ruperto, se persignó y desapareció a través del pórtico, emulándole su fámulo, que había permanecido deprecante y genuflexo en un rincón cabe un cenotafio. Al manifestarse en el limen bajo el tímpano, grávido de efigies sacras, el frígido frémito del viento les azotó atrozmente las haces, encrespándoles los cabellos, todavía descubiertos en señal de reverencia. El doctor, antes de deponer sus reticencias y tomar la Singerstraße, se detuvo unos instantes a admirar el almo conjunto gótico, negrecido y salpicado de fecales máculas columbinas, de la ciclópea *Stephansdom* y su prócer chapitel, cuyo florón, irguiéndose sobre el bosque de gabletes, pináculos y gárgolas, culminaba uno de los fastigios arquitectónicos más regios de la urbe. Aunque ésta había perdido su forro níveo hacía ya dos semanas y el orbe febeo, ganando altura en el cerúleo telón célico por encima de los fumíferos tejados vieneses y las nemorosas lomas alpestres, fundía paulatinamente el gélido manto rorante de las lúteas calzadas aljofaradas por la astrífera noche intempesta en un piélagos de pluviales charcos, aquella mañana hiemal era notablemente algente, una sensación que el sibilante bóreas no contribuía sino a magnificar. Inerme contra sus feroces embates, Gruber se internó por una recóndita y angosta callejuela tan raudamente cuan le fue posible, quedando a resguardo del vendaval y dejando asimismo atrás el hollar de los unguígrados y el restallar de los flagelos, adamantinamente blandidos cual circenses leontócomos por los bramantes automedontes, sobre las alígeras bigas.

Nacido un año después de haber prendido y flagrado la férvida llama revolucionaria que atestó de rogos y barricadas la populosa cabeza del Imperio, el ególatra Karl A. Willibald Gruber era glabro e hispido, de rostro aquilino y vista lincea. Ya quincuagenario, seguía siendo un hombre infracto, vívido y solerte, mas no poco atrabiliario y saturnino, no pudiendo tolerar la sola idea de no tener un destinatario para sus draconianos ucases. El único ser hacia el que había desarrollado un notorio temor era la senescente y aplomada Marie Rudolfine von Aigner, una facunda y maciza vieja amiga de su madre, de una ávida prosapia naufragada en la efracción bursátil de 1873. Respecto a sus adentros, amén de misógino, galófobo, wagneriano y rayano en el ultramontanismo, el perspicuo Dr. Gruber era también incorregiblemente prono a propugnar la unificación política de la ecúmene pangermánica y a recelar de la pérvida Albión. Su vulpina sagacidad contrastaba con la estolidez del intonso Gottfried, su pusilánime y pueril sirviente, quien, barbipungente y de rósea tez, había

sido flébilmente abandonado por su ímprobo padre putativo, oriundo de un rupestre pago a orillas del Eno, siendo su máximo mérito haber logrado instalarse en la opulenta Lerchenfelder Straße.

La silente travesía les acabó encaminando a una degradada confluencia, donde surgía, lóbrego, un nigérrimo figón cuyo provento edificio presentaba un lienzo sórdidamente depauperado, no atípico en esa cadente zona de la metrópolis, con un lignario rótulo corroído por la intemperie que rezaba, pénsil, en jaldes caracteres sinuosos, circuyendo lo que parecía ser un albo équido: «zum „Weiszen Pferd“. Alois Ignaz Wimmer». La existencia de una provisión de varios millares de toneles de purpúreo líquido en la bodega –copiosidad que hacía difícilmente concebibles los confines hasta los que se extendía tamaño antro báquico por las entrañas vienesas, y que en cualquier caso invitaba al pirronismo- era paladinamente anunciada por una pizarra reclinada junto a la puerta. Acuciado por su sitibundo estado, Gruber la entreabrió en ademán de entrar, asomándose al hosco interior.

-*Gott im Himmel!* -gruñó rauco, al descubrir tan infesto y ominoso pandemónium.

Las cinéreas volutas de humo etéreamente exhaladas por las sonrosadas jaurías de temulentos saturaban toda la eruginosa sala, un inmundo bátrato sin más iluminación que la proporcionada por el rielar de los cuernos y los luceros vidriosos de un bidente conejo desollado que colgaba por las ancas sobre el mostrador. Entre el fragor del estentóreo tumulto imperante, era apreciable un remoto crepitar vulcanio. Gruber dirigió su torva mirada a su cuitado doméstico y ambos se deslizaron con hesitación hacia la penumbra, avanzando lentamente entre el caos circunfuso hasta tomar asiento junto a la estuosa cavidad fornácea que albergaba, ignívoma, el urente hogar. La fétida taberna estaba infestada de libidinosos hatos de inultos autores y fautores de latrocinios, rapiñas, estupro, uxoricidios y análogos crímenes deletéreos. Alerto y aurívoro, el leopolitano Sr. Wimmer veía cómo medraba a buen ritmo con su boyante negocio, pues no eran pocos aquellos de sus egregios clientes que propendían indefectiblemente a la beodez, quedando imbeles a merced de él, algo que aprovechaba taimadamente en favor de su propio interés crematístico. A su servicio estaba una garza, tritícea y crinada núbil llamada Regine, cuya prerrafaelita beldad femínea avivaba la citerea voluptuosidad de los presentes al culebrear alborozada y pródicamente entre las oleaginosas mesas, pobladas de vermes y migajas cáseas.

La superna incomodidad que sentía el frugal Dr. Gruber en aquel tugurio tan poco eutrapélico fue ahogada hábilmente por la hiblea tarta pomífera y el vino renano que le fueron servidos, una miscelánea que le plugo considerablemente. A su lado, Gottfried miraba asininamente en derredor, con los ojos entornados y los puños hundidos en sus músculos crurales; a juzgar por lo inusitado de sus emisiones guturales, parecía completamente álalo. Un grandevo y cecuciente valetudinario surcado de arrugas y andrajosamente vestido de color tabaco, sedente frente a ellos, les observaba con estupor, tragando el porráceo contenido de un pichel y arrojando regularmente bocanadas numulares. Un poco más allá, un cano sargento furriel se mesaba los argénteos bigotes, refunfuñando ceñudo ante lo que iba a devenir una segura debacle pecuniaria frente a un ahíto

cenobita del propincuo recinto monacal. El prorrumpir del crapuloso público congregado en redor en una grandísona carcajada que espurreó la baraja proclamó ledamente su misérrima desgracia.

-¡Vamos! –rugió lacónicamente Gruber cuando hubo dado buena cuenta de su cáliz, propinándole un golpe cubital a la tímida ijada de su cándido criado.

El doctor, rubicundo por mor de su nutriz ingestión, se abrió paso entre la inverecunda y nefanda caterva de réprobos facinerosos, bregando estrenuamente por alcanzar el umbral y despidiéndose, fúgido, de la venusta Regine. Gottfried, temiendo ser reprendido por pigracia, había salido con leporina celeridad y estricto mutismo en pos de él. El exterior, ya sin el aullante zurrido de los eólicos vórtices, estaba ahora asaz calmo, de modo que el doctor se alisó el endrino plastrón y puso rumbo a la eximia Michaelerplatz, donde emergía la adunca fachada septentrional del complejo palatino del Hofburg, sumo emblema de la fastuosa munificencia austrina. Atravesaron la secular residencia cesárea -a Gruber le complacía enormemente desfilar con ínfulas triunfantes bajo el belísono clangor de pífanos y bronces proveniente de los atrios del aula habsbúrgica-, apareciendo en la Heldenplatz, conspicuamente vasta, donde se erigía el éneo “Prinz Eugen”, túrgido e inmarcesible, cabalgando su bicolor corcel -la parte cefálica y la grupa, cian; la parte alvina y el priapo, fuscos- sobre el sáxeo pedestal, opuesto al enarbolado bridón del archiduque Carlos, tremolando la oriflama imperial ante el frugífero Volksgarten. Enfrente, los domos de las babilónicas sedes museísticas, sobre sus respectivos cimborrios, se encaraban agonísticamente. Pasando junto al múrice de la florígera corona dispuesta en póstumo recuerdo a los inmolados en cruóricas contiendas en aras del bien patrio, el doctor y su criado tomaron el imponente Ring, la magnificente y descomunal arteria circundante de Viena. Sin embargo, los chasquidos provocados por los furentes aurigas al fustigar con sus látigos el cerro de los cuadrupedantes ductivos, el relinchar que despertaban en éstos y el rechinar de las ruedas sobre los térreos paseos -aún parcialmente cienosos-, aparte del ordinario ajeteo y el gárrulo manar de las fontanas, les impidieron nuevamente disfrutar de un regreso completamente placible, que ni siquiera pudo ser edulcorado por el canoro trino de las arpadas prognés y las atrirrostras ánades, ni por la mayestática comparecencia de la armígera Palas Atenea -flanqueada por una pléyade de cálamos que habían hallado el numen pierio en la Antigüedad-, cuya paganía no era óbice para que fruyera, enhiesta, de un augusto podio engastado en el hodierno centro neurálgico de la ciudad danubiana.

Abandonando el umbroso palio arbóreo que ofrecían las glandíferas ramas de los áfilos fagáceos del lauto Ring, franquearon la lienta avenida, esquivando plaustros y cuadriyugos, a la altura del Burgtheater, mirífico templo apolíneo adonde en las fechas señaladas concurrían rutilantes hordas de vestes de gala, dormanes, pellizas, coruscas charreteras, penachos, ensiformes vainas y zafirinas casacas consteladas de insignias y Toisones. Se introdujeron en la dieciochesca Josefstadt -donde muchos ícolas conocían *de visu* al doctor-, columbrando en lontananza las rigentes agujas de la oblativa Votivkirche, ubicada en la trisulca Maximilianplatz, y el feraz ápice flamígero del ilusivo concejo, de aparatoso estilo antuerpiense.

-¡Herr Doktor Gruber, si no yerro!- le espetó de súbito y sin ocultar su exultación un hombre candoroso, de aspecto céreo. Gruber no se dignó a responder, no sin cierto sadismo, más que con una fulmínea mirada asertiva, prosiguiendo impávido su itinerario. Pontificando con histriónica petulancia y bombástica elación, el cáustico doctor le expuso a continuación en tono didascálico e inconcuso al trépido Gottfried, crasamente ignaro, cómo debía ser el ambular pedestre de un “hombre respetable”, enfatizando el ángulo que debía mantener la cerviz respecto al torso. Terminada esta pretendida lección esópica, apenas anduvieron unos pasos hasta el soportal que servía de entrada a su superba vivienda, sita en la clivosa Lerchenfelder Straße. De corte toscánico y adyacente a una mansión comital, un friso denticulado recorría su fachada longitudinalmente.

A Gruber, adusto, no le gustaba en absoluto ser aupado a sus lares por dentro de la ingente cánula fuliginosa y reticular del ascensor. Durante el breve trayecto rampante a su rellano, el doctor Karl A. W. Gruber no pudo evitar proferir algún juramento ininteligible, algo que instó al Sr. Fuchs, porfiado argos, y a Gottfried a intercambiar una mirada temerosa. El interior del piso, con sus colores pastel, sus impolutos estucos y sus coccíneas alfombras osmanlíes, era formidablemente límpido. El segundo salón estaba presidido por una gran tela, vestigio del connubio paterno, que representaba una proteica escena vernal: el favonio cimbrea el tornátil cárbaso de un natátil leño que, velívolo, hendía con la prora la serpentina linfa fluvial, fluyendo undívaga hacia su colofón ecuóreo; empero, el occiduo ceño del azul, jacintino y nubífero, se cernía sobre ella, vatídico de una altitonante procela pronta a desencadenarse. Nimbándola, la bóveda estaba pletórica de plúrimas figuras amnícolas, trifauces, penígeras o caprípedes, entre una miríada de motivos palustres. Lejos de ser escurialense, toda la casa en general destilaba, con sus opimos bibelots y su aroma mirrino, un aspecto harto *kitsch*, tesaurizando, como un huevo de Fabergé, una fúlgida joya: la pomposa biblioteca, donde Gruber se sentía, entre sus innúmeros plúteos, como un auténtico régulo.

Del aseo brotó una salutación airada. No era sino Ludwig von Mayr -a quien el doctor, bajo cuya ríspida férula estaba, gustaba de denominar con algo de sorna “el cisne de Iglau”-, que al parecer se encontraba en plena micción. El incipiente liróforo había estado componiendo unos cármes para su inacabado poemario eclógico. Aunque para el pítico aflato de Mayr, un moravo nefelibata de hebras frumenticias, la inopinada irrupción de su anfitrión había sido una suerte de implacable *diabolus ex machina*, ninguno de ellos pudo eludir fundirse en un prolongado amplexo. Gruber se hizo traer un té en una taza sínica y se encerró en su despacho. Hizo a un lado un palente *Blatt*, asió la glauca péndola que yacía delante de su pulquérrima escribanía, garabateó unas sucintas notas en su cuaderno y, contemplando abúlicamente las ebúrneas dagas que ostentaba ufanamente el busto elephantino que colgaba a su izquierda –uno de los muchos trofeos venatorios, de cuando el doctor fatigaba la selva, que exornaban ampulosamente el piso, destacando entre ellos el tremebundo cráneo cornífero de un áfrico rumiante, un ocráceo tegumento de tigre y una citrina película de áspid, formando una ubérrima *ménagerie* petrificada-, como si esperara oír sus barritos, se sumergió lentamente en el tartáreo ponto de sus dantescos pensamientos.